

Lo simbólicamente verdadero

Ignacio Solares

*Las almas aspiran a que alguien las escriba.
Quieren ser narradas, tatuadas.
Un alma que no ha sido escrita es como si jamás hubiera existido.
Contra la muerte, la letra.*
Tomás Eloy Martínez

Para Aldous Huxley, las causas principales de un cambio histórico pueden ser de tres clases: las ideas políticas, las circunstancias socioeconómicas y, especialmente, los individuos mismos que las llevan a cabo. En consecuencia, si Napoleón no hubiera existido, la historia de Francia sería diferente; lo mismo, sin Fidel Castro es probable que Cuba anduviera por otros rumbos. Y la novelística mexicana sería otra sin ese escritor, único e irrepetible, que se llamó Juan Rulfo.

Es esa responsabilidad de lo individual la que determina un suceso. Lo que también Huxley llama “el vértigo de la libertad” en el suicida antes de lanzarse de un puente al agua. Porque por más presiones psicológicas o sociales que padezca, podría *no* lanzarse. Ese mismo “vértigo” nos invade cuando suponemos que las cosas pudieron ser distintas de como fueron, simplemente porque un individuo en particular, a partir de su libertad, así lo eligió.

Es el caso de un personaje como el de Francisco I. Madero, quien, literalmente, se puso en manos de la escritura al descubrirse médium escribiente. Por eso a Madero no lo entendemos ni política ni humanamente sin su fe y su entrega a esos dictados espíritas, de escritura automática, casi en el sentido que daban los surrealistas a la escritura automática como manifestación del inconsciente. En una página de su diario dice: “Me he pasado el día tomando dictados. Escribo y escribo. Es

como si no lograra traducir el mensaje que me envían y deba tomarlo una y otra vez”.

“Como si no lograra traducir el mensaje que le enviaban...”. ¿Qué poeta, por lo demás, no participa de esa misma necesidad de traducir un mensaje que no sabe bien a bien de dónde llega? “Para el poeta, este mundo es ya el otro mundo”, decía André Breton.

Echemos un rápido vistazo a tan curiosa posesión. A fines del siglo XIX, a los veintisiete años, Madero regresó de Europa y se instaló en una hacienda de su familia al norte del país, donde puso en práctica con particular éxito sus estudios de agricultura. Tenía unas doscientas hectáreas sembradas de algodón y frutales, y construyó una presa que irrigaba la mayor parte de sus tierras; además, proyectaba otros negocios diversos de enorme remuneración económica, como una compañía jabonera, una fábrica de hielo, acciones, terrenos, cría de ganado, etcétera. Sus peones tenían fama de ser los mejor tratados y pagados de la región. Con su novia, Sara Pérez, había formalizado su relación. Fumaba, bebía y se jactaba de ser muy buen bailarín.

Todo ese mundo se resquebrajó de pronto cuando Madero se descubrió médium escribiente. En 1891 y 1892, sus dos últimos años de estancia en París, había asistido a sesiones espiritistas y leyó con avidez las obras de Allan Kardec y revistas especializadas; concurrió a varias sesiones espiritistas cuando estaban de moda las mesas parlantes, descubrió que él tenía facultades para ser médium y desde entonces aceptó el espiritismo como su creencia fundamental, según lo narró él mismo en sus memorias.

Así, una noche se transformó de mero espectador en actor, al practicar la escritura automática y descifrar

su mensaje oculto. Los placeres de esta tierra palidecían, disminuidos, como disminuida y pálida sería la luz de una lámpara de queroseno al recibir, de lleno, la luz del sol: “Desengáñate, nunca podrás llevar una vida simple: este mundo es como una prisión a la que has venido a purgar tus faltas por medio del dolor y del trabajo humilde”. Y unos días después: “Sobre ti pesa una responsabilidad enorme. Has visto el precipicio hacia donde se dirige tu patria. Cobarde de ti si no la previenes... Has sido elegido por tu Padre Celestial para cumplir una gran misión en la tierra”.

Por donde van a pasar los hechos pasan antes las palabras, y éstas le dictaron en 1903 una verdadera premonición: el desenlace de la Decena Trágica de 1913, diez años después, cuando Madero se entregó en manos de Victoriano Huerta, quien terminaría asesinandolo: “De los espíritus superiores siempre guarda recuerdo la historia y son entonces sus grandes hombres, sus héroes. Héroes que, sin remedio, han caído y han derramado su sangre por la salvación de su patria”.

Hay también un párrafo que muestra en forma transparente la actitud de Madero a partir de esos momentos y delinea ya a su sombra, casi su otro yo: Victoriano Huerta. “Los hombres que como tú han tenido una misión así en el mundo han, finalmente, compadecido a los fanáticos que los han martirizado y les han dado la muerte. Empieza a perdonar a quien te sacrificará”.

Es el conocimiento de esos dictados, repito, el que nos permite entender algunas actitudes posteriores de

Madero, como cuando le dice a Roque Estrada en diciembre de 1910: “Apenas triunfe el movimiento armado, espero perder la vida, no importa cómo, porque una revolución, para que sea fructífera, debe ser bañada en sangre”.

Pero Gustavo Madero, hermano del presidente, se había convencido, desde el principio de la rebelión, de que el general Huerta estaba implicado en el complot. Instó a su hermano Francisco a que remplazara a Huerta del mando del ejército por Felipe Ángeles, hombre fiel al gobierno a carta cabal. Cuando un amigo, el diputado Jesús Urueta, informó a Gustavo de una reunión secreta de los conspiradores en casa de uno de ellos, Gustavo decidió actuar por cuenta propia, irrumpió en la reunión con un piquete de soldados, los arrestó y a Huerta lo llevó, pistola en mano, a Palacio Nacional a confrontarlo con su hermano. Huerta alegó que no quería iniciar un ataque mal preparado, exponiendo al presidente a una derrota anticipada, por lo cual estaba haciendo labores de espía. Juró que era fiel y prometió que al día siguiente lo probaría ampliamente. Madero, ante el asombro de su hermano, le creyó, le regresó su pistola, y le dio veinticuatro horas para demostrar su inocencia.

¿Qué hubiera sucedido si Madero le hace caso a su hermano Gustavo, como era lo consecuente, manda fusilar a Huerta por traidor y le da el mando del ejército al general Felipe Ángeles? Por lo pronto, cabe pensar, no habría habido cuartelazo ni habrían muerto asesinados Madero y Pino Suárez. La mera suposición nos obli-



Francisco I. Madero y su esposa Sara Pérez, El Paso, Texas, mayo de 1911



Francisco I. Madero con Juan Sánchez Azcona, 1911



Madero escoltado por Villa hacia el cuartel general de Ciudad Juárez, 1911

ga a reflexionar sobre el carácter y las decisiones de los personajes. ¿Por qué esa confianza tan incondicional —por no decir enfermiza— de Madero hacia Huerta? En verdad, parece que estuvieran jugando una ceremonia ritual, una doble danza encadenada del victimario y la víctima, un cumplimiento. Después de que los espíritus en 1903 le dictaron a Madero que debía empezar a perdonar a quien lo sacrificaría diez años después, tal parece, empezó a buscar a su Judas.

Madero vivió siempre en esa contradicción entre el pacifista y el político, el hombre de acción y el meditador, el optimista que, sin embargo, “sabía” —él mismo lo había escrito como un guión previo de nuestra historia— lo que iba a sucederle. ¿Cuánto podemos saber de un hombre si no conocemos sus sueños? En el caso de Madero, sus escritos espíritas pueden hacer las veces de sueños. Porque, además de éstos, los datos sobre su biografía están plagados de contradicciones, como sucede, por lo demás, en buena parte de los estudios históricos sobre los personajes centrales de nuestra Revolución. Se dice, por ejemplo, que después del intento frustrado de los primeros enviados de Huerta para aprehender a Madero en su despacho de Palacio Nacional, éste salió a un balcón a arengar a grupos de rurales reunidos en la calle de Acequia:

Soldados —les gritó Madero— acabo de sufrir un atentado del que venturosamente salí ileso, pero el enemigo está aquí mismo en el Palacio. El gobierno legítimo de la República está en peligro y requiere la cooperación inmediata de los soldados leales y dignos. Con la ayuda de ustedes hemos de triunfar. ¡Viva México!

La gritería de los rurales atronaba el espacio. Requirieron sus armas y gritaban:

“¡Viva Madero! ¡Viva el supremo gobierno!”.

Esto nos cuenta Sánchez Azcona, secretario particular de Madero. Sin embargo, véase el contraste con la versión de tales hechos de nada menos que otro testigo presencial, José Vasconcelos:

Se asomó al balcón de Palacio intentando llamar al pueblo en su auxilio. Afuera, las calles totalmente desiertas demostraban el cuidado que había tenido Huerta de aislar a su prisionero.

“Totalmente desiertas...” ¿Quién miente? ¿Quién dice la verdad? Se trata de dos testimonios solventes. Por eso digo que la ventaja del novelista es que puede llenar con la imaginación los huecos que deja la historia. Escoger la versión que más convenga a la novela, siempre desde ese intervalo en el que resplandece la realidad. Como dice el poema hindú *Vijñana Bhairava*: “En el momento en que se perciben dos cosas, por más contradictorias que sean, tomando en cuenta el intervalo que se crea entre ellas, hay que ahincarse en ese intervalo. Si se eliminan simultáneamente las dos cosas, entonces, en ese intervalo resplandece la Realidad”. Y me pregunto si no será de veras lo imaginativo, a partir de la suficiente información acumulada, lo que nos permitirá reconstruir la realidad tal como fue... o como debió haber sido. ¿Qué es más real: las *Memorias de Pancho Villa* de Martín Luis Guzmán, noveladas, o lo que en verdad pudo haber dicho Pancho Villa, perdido en la noche de los tiempos?

El espiritismo fue ese “otro yo” de la personalidad de Madero, eso que afloró a lo largo de su vida pública y privada; eso que le hubiera gustado hablar con sus colaboradores más cercanos, a pesar de escepticismos y dudas. Ese “otro yo” fue el que, sin duda, influyó para que Madero perdonara a sus enemigos y tomara las decisiones fatales que todos conocemos. El novelista participa del “vértigo de la libertad” al elegir o rechazar unos hechos, incluso al suponer que un hecho pudo haber sido distinto a como fue, en especial porque, como ya vimos, las versiones históricas pueden ser de lo más diversas.

El novelista cree que lo que importa es el halo que dejan los hechos, más que los hechos mismos. Lo simbólicamente verdadero más que los datos escuetos y fríos, según fórmula de Borges. Por eso pienso que es a partir de ese Madero espiritista, contradictorio, con una entrega absoluta a la escritura automática —lo que es decir a la escritura en su mejor sentido posible— y a la causa democrática en la que creía, que podemos entender mejor al personaje y, de alguna manera, a la historia misma de la Revolución Mexicana. ■